

gar al Palacio Departamental, se incorporó á Maximiliano su oficial de órdenes D. Agustín Pradillo—hoy Jefe superior de las Residencias Presidenciales—y poco después conversó Maximiliano con López, sin increparle por su traición. He aquí cómo refiere esa escena el entonces Teniente Coronel Pradillo: «En este momento llegó el Coronel López, montado á caballo; el Emperador le preguntó qué era lo que pasaba. «Señor, le contestó, todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca» . . . . al llegar á la casa del Sr. Rubio, *detuvo* López al Emperador y le dijo: «podía V. M. entrar en esta casa ó en otra cualquiera, pues es el único medio para salvarse. . . . .» El Emperador se negó enteramente y sin vacilar á admitir la oferta de López; firme en su primera resolución de dirigirse al Cerro de las Campanas para reunirse á sus tropas, proseguimos nuestra marcha. López se retiró en este instante, pretextando que iba á ver la manera con que podía contener á las tropas enemigas.»

(1) Salm-Salm dice que Maximiliano contestó á López estas palabras: «Yo no me escondo.» Y añade en seguida: «*Es extraño que ninguno de nosotros sospechara que López era traidor, aunque todos le habíamos visto al lado del coronel liberal y estaba libre!*» (2)

Es incomprensible que Maximiliano, después de haber visto la Cruz ocupada por los sitiadores sin que hubiesen disparado un solo tiro, después de haber visto á López rodeado de oficiales republicanos y después de verlo á su lado, libre, es incomprensible, repito, que el Archiduque no reprochara á López su traición ó cuando menos no se encerrara en un despreciativo silencio. Y aunque las últimas palabras de Salm-Salm, que acabo de reproducir, parecen destinadas á explicar la conducta del Archiduque, ellas no pueden aplicársele: pues si respecto de los que acompañaban á Maximiliano, es extraño, más que

(1) "Maximiliano etc."—Refutación á Salm-Salm, pág. 96.

(2) Obra citada, pág. 171.

extraño, absurdo, que no sospechasen de López, esta suposición no cabe en el usurpador, que había ya mandado avisar al Coronel Gayón, Jefe del punto de las Campanas, la traición de Miguel López. Así lo prueba la siguiente frase, que tomo de una carta del hoy General Antonio Gayón, dirigida al Sr. D. Gonzalo A. Esteva, y publicada en *La Voz de México* el 17 de Agosto de 1889: «Poco antes de la llegada del Emperador, á que he hecho referencia, se me presentó el Teniente Coronel Juan Ramírez, comunicándome por orden del mismo Emperador que todo estuviese listo, porque López nos había entregado al enemigo, y que el Emperador venía ya en camino para el cerro.» Pero la extraña conducta del Archiduque se vuelve, gracias al Informe, completamente explicable, puesto que era natural que Maximiliano no reprochase una traición que él mismo había ordenado, ni manifestase desprecio á un hombre que, además de ser su cómplice, trataba aún de librarle de la suerte destinada por ellos á sus compañeros de armas.

Ya en la prisión, dijo Maximiliano al Barón de Lago, Ministro Plenipotenciario del Emperador Francisco José—según consta en comunicación oficial enviada á su Gobierno—que: «*Márquez era el mayor traidor.*» Es incomprensible que Maximiliano juzgase traición mayor, la que consistía en no haber cumplido sus órdenes, en no haber acudido en su auxilio, es decir, la que consistía en una omisión, que tal fué la de Márquez, que aquella que entregaba su persona, su ejército y su fiel ciudad de Querétaro en poder de sus enemigos; pero, merced al Informe, se explica perfectamente que Maximiliano juzgase mayor una traición á su persona que una traición á sus generales.

Después de condenado á muerte, Maximiliano dirigió un despacho telegráfico al Sr. Juárez pidiéndole que indultase á Miramón y á Mejía. «Este despacho quedó sin respuesta—dice Víctor Daran—y Maximiliano, dirigiéndose á la celda de Miramón, *se arrodilló* y abrazándolo le



dió á conocer su petición á Juárez y su resultado. Miramón, sorprendido de la actitud del Príncipe, se levantó: «Yo no tengo nada que perdonaros, Señor, muero en mi puesto de soldado, y es para mí un honor muy grande estar llamado á mezclar mi sangre con la vuestra. Levantaos, Señor, alejad todo temor y que no puedan juzgar nuestros enemigos como un acto de debilidad lo que no es sino una manifestación de vuestro noble corazón.» (1)

Es incomprensible, por muy bondadoso que se suponga á Maximiliano, que un Hapsburgo se arrodillase ante un hombre que estaba muy lejos de pertenecer á Casa Real y Soberana, que un Emperador se arrodillase ante uno de sus súbditos, tan sólo porque había dudado de su lealtad ó porque había desoído sus consejos; pero, gracias al Informe, resulta perfectamente comprensible que Maximiliano, dominado por los remordimientos y á pesar de las preocupaciones naturales á su estirpe y á su rango, se arrodillase ante el hombre por él traicionado.

#### PRUEBAS COMPLEMENTARIAS.

Al dicho intachable del General Escobedo, al cúmulo de circunstancias sólo explicables por la traición de Maximiliano, hay que agregar tres pruebas complementarias: el documento presentado por López al General Escobedo, en el cual Maximiliano le encargaba que guardase profundo sigilo sobre la comisión que le había dado para el General sitiador, pues si se divulgara quedaría mancillado su honor; la carta dirigida al General Leyva por el General Don Porfirio Díaz, en la que éste último afirmaba que Maximiliano le había ofrecido entregarle el mando de las fuerzas encerradas en Méjico y Puebla, añadiendo que *Márquez, Lares y compañía serían arrojados del poder* y que él, abandonando el país, *dejaría la si-*

(1) Obra citada, pág. 231.

tuación en poder del partido republicano; y la relación— publicada en *El Universal* de Agosto 16 de 1898—de una entrevista entre Don Carlos Idrac y el Padre Soria, en la que interrogado el confesor de Maximiliano en Querétaro sobre la traición de López, contestó: «El Coronel López no hizo sino lo que se le mandó.»

Ni la declaración del Padre Soria, ni la carta del General Díaz han sido impugnadas por la prensa conservadora que tachó de falso el Informe del General Escobedo, á pesar del carácter sagrado que tiene la primera y á pesar de encerrar la segunda, para el Archiduque, una acusación de traición, idéntica á la contenida en el Informe; pues no dependiendo de la voluntad de Maximiliano, la circunstancia de que una oferta haya sido rechazada y aceptada la otra, en nada aminora su resolución de entregar traidoramente á sus ministros y generales. Pudo el General Díaz desaprovechar la traidora oferta del Archiduque, no pudo ni debió desaprovecharla el General Escobedo, que estaba en la obligación de economizar la sangre de sus soldados y de evitar á la ciudad de Querétaro los horrores consiguientes á una ocupación á sangre y fuego. Así lo reconoció desde luego el General Ramírez de Arellano, y más tarde Don Alberto Hans, que no lo había reconocido al escribir su «Querétaro.»

En cuanto al documento presentado por López, si fué impugnado por la prensa conservadora que lo declaró falsificado, apoyándose en el dictamen de tres apreciables pintores que fallaron como peritos calígrafos. (1)

Ya hemos visto que ese dictamen no es una prueba y que, en caso de falsificación, el falsificador fué el mismo Maximiliano.

#### DOS TESTIMONIOS DE GRAN VALÍA.

A las pruebas complementarias que acabo de aducir,

(1) Omiso copiar los párrafos relativos á este pasaje por haberlos reproducido ya más arriba.



agregaré dos testimonios de gran valía, adquiridos por mí después de la publicación de mis «Rectificaciones Históricas» al libro del General Ministro de la Guerra, y que juzgo conveniente dar aquí á conocer:

«Mi antiguamente amigo el patriota Coronel Don José Rincón Gallardo, tuvo la bondad de pasar expresamente á mi casa para felicitarme por haber salido á la defensa de la memoria del General Escobedo, y entonces me dijo que en una de sus visitas á Maximiliano, ya prisionero, refirió la manera con que López entregó la Cruz, y que, al oirlo, mientras Basch y Salm-Salm mostraron gran indignación, Maximiliano guardó una actitud de absoluta indiferencia. En aquella época—según me dijo—se admiró de la indiferencia mostrada por el Archiduque; pero después de conocer el Informe del General Escobedo, comprendió que esa indiferencia provino de que no podía indignarse por la conducta del ejecutor de sus órdenes. Sé que igual cosa refirió al conocido y erudito historiador Don Luis González Obregón.

«Otro gran patriota, mi respetable amigo el señor Embajador Don Manuel de Azpiroz, me dirigió la siguiente carta, de la que he hecho ya referencia, y la que reproduzco con la debida autorización. Dice así:

«Desde luego he leído la parte relativa á la entrega de la Cruz en Querétaro, sobre la cual me llamó usted especialmente la atención en su carta del 27 de Noviembre.

«Las razones que hay para admitir la conclusión de que el Coronel López *cumplió órdenes de Maximiliano*, como se desprende del Informe oficial del señor General Escobedo, están presentadas por usted con claridad, notable erudición y recto criterio. Entre ellas me he fijado singularmente en la coincidencia de las palabras dirigidas por el príncipe austriaco al Barón de Lago, con las que le oí en una de las frecuentes entrevistas que, en mis funciones de Fiscal de su causa, tuve con él en su pri-

sión.—«NO FUÉ EL TRAJDOR LÓPEZ; FUÉ MÁRQUEZ»—me dijo con marcada intención, tratando de explicar las causas que habian conducido á la guarnición de Querétaro á la *situación desesperada en que se veía cuando se entregó al ejército que la sitiaba*. Fué siempre expansivo conmigo fuera de las actuaciones judiciales, en las que, por lo contrario, se mantuvo en una actitud de estudiada reserva.

«A muchas personas he referido el citado concepto del prisionero de Capuchinas. Cuando la prensa imperialista se dedicó á buscar pruebas de la supuesta traición de Miguel López, D. Manuel Caballero fué enviado á Puebla con ese objeto, y allí solicitó mi testimonio, que consideraba de bastante peso, por haber yo estado sirviendo en el ejército sitiador como ayudante de campo del General en Jefe y presenciado la rendición del austriaco en la falda del Cerro de las Campanas. Me presté entonces á declarar cuanto de *ciencia propia me constaba* acerca de la caída de Querétaro. En mi narración reproduje las expresadas palabras del ex-Archiduque, y exigí que, si se decidía publicarlas se hiciera sin omisión, adición ni alteración alguna; á cuyo fin revisé y corregí escrupulosamente lo que mi interlocutor pretendía proporcionar como testimonio mío al diario de que era agente. *Sin duda mi informe no favoreció las miras del periódico*, porque no llegó á publicarse.»

Como se ve por el intachable testimonio del caballero señor Embajador, la afirmación de Maximiliano es terminante: «*No fué el traidor López, fué Márquez.*»

Refiriéndose á la conferencia del 28 de Mayo, el General Escobedo ha dicho en su Informe que cuando él expuso á Maximiliano que le sería cosa imposible guardar el silencio que le pedía, porque sus defensores, sus generales, los ministros extranjeros ó la princesa del Salm-Salm, *que empleaba cuantos medios estaban á su alcance para salvarlo*, no dejarían de hacer uso de las versiones que corrían respecto de la traición de López y su incali-



ficable conducta hacia él como su jefe y protector, le contestó el Archiduque que: «*la princesa de Salm-Salm tenía prevención no tan sólo para no expresar nada en este sentido sino también para prevenir á las personas que por él se interesasen, que EN NINGUNA DE SUS GESTIONES se mezclara cualquiera frase que PUDIERA REFERIRSE Á LA DESLEALTAD DEL CORONEL LÓPEZ, asegurándome que todas esas personas cumplirían exactamente, NO TOCANDO EN LO ABSOLUTO AL CORONEL CITADO.*»

Así se explica por qué Maximiliano—que había dicho al Barón de Lago, que López fué menos traidor que Márquez, (1)—dijo al Fiscal de su causa que López no fué traidor. Porque si había ofrecido al General Escobedo que ninguno de los que por él se interesaran se referiría á la deslealtad de López, mal podía él mismo acusarle de traición. Así se explica también, por qué los defensores de Maximiliano ni en su defensa ante el Consejo de Guerra, ni en sus varias peticiones de indulto, ni en sus repetidas conversaciones con el Presidente y sus Ministros, ni en el «Memorandum» sobre el total desempeño de su misión, se hayan siquiera referido á la traición de Miguel López, y que igualmente ni la princesa de Salm-Salm, ni el Barón de Magnus que tanto empeño tuvieron en salvar la vida del Archiduque, hicieran la menor alusión á que Maximiliano había caído prisionero merced á la traición de Miguel López, pues el Archiduque les había prevenido que *en ninguna de sus gestiones* mezclaran una sola frase cualquiera, que pudiera referirse á la deslealtad del Coronel López.

#### ARGUMENTOS APARATOSOS.

En la polémica suscitada por la publicación del Informe, entre la prensa liberal y la conservadora, ésta última trató de embrollar la cuestión empleando casi todo

(1) Ya hemos visto lo que significa esta frase.

su esfuerzo en demostrar que López había entregado la Cruz y que era por lo tanto un traidor, como si el Informe negara esos dos hechos. Nó, el General Escobedo no ha dicho que López no fuese un traidor, sino que *no lo fué á Maximiliano*; no ha dicho que López no entregó la Cruz, sino que *no la entregó por dinero*. Por eso su Informe no habla en términos generales, sino que dice en términos restringidos: «El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni rindió por dinero su puesto de combate.» Y es de notar que la declaración del Padre Soria concuerda perfectamente con la del General Escobedo; pues el confesor de Maximiliano no dijo tampoco que López no fué traidor, sino que «López hizo lo que se le mandó.» Para los amantes del Gobierno personal acaso sea una exculpante, en el caso de López, la orden á que sujetó su conducta; para todo criterio sano, esa orden da únicamente á la traición citada un móvil menos bajo que el miedo ó la codicia; y pone además de manifiesto lo corruptor del sistema personalista, en el cual el amor á la Patria se substituye con la adhesión á un gobernante. López fué traidor en Querétaro por fidelidad al Archiduque, porque era un partidario incondicional de Maximiliano. Y los incondicionales, ó se llaman así por adulación á un gobernante sin serlo en realidad, ó tienen que ir llegado el caso, como López, hasta el crimen! hasta la infamia! hasta la traición!

Refiriéndose á que el General Escobedo dice en su Informe que guardó el secreto, que en él revela, por haber prometido al Archiduque que así lo haría mientras que esto fuese compatible con su honor de soldado, refiriéndose, repito, á esta circunstancia, decía *La Voz de México* el 20 de Septiembre de 1889: ¿Por qué tendió—Escobedo—ese velo *inmediatamente después de la «entrega» de la plaza y mucho antes de que Maximiliano se lo suplicara el 28 de Mayo?*»



La respuesta no puede ser más sencilla. Porque al ocupar la plaza de Querétaro y después, hasta el 28 de Mayo, día en que el Archiduque confesó su complicidad con López y en que suplicó á Escobedo guardara aquel secreto, no estaba seguro el general vencedor—como él mismo lo dice en su Informe—de que fuera cierto lo que López le había manifestado. Y en tal virtud, si el General Escobedo no dijo del 15 al 28 de Mayo que Maximiliano había mandado entregar la Cruz, fué porque entonces no le constaba ese hecho y mal podía referir una circunstancia de cuya certeza no tenía plena conciencia, y nó, como maliciosamente supone *La Voz*, por haber tendido un velo sobre la entrega de la Cruz.

El segundo argumento, más aparatoso todavía, consistió en afirmar que hay contradicción entre el «Parte Oficial» dirigido al Ministro de la Guerra el 15 de Mayo de 1867 y el Informe á que vengo refiriéndome; puesto que en el primero se dijo que la plaza había sido tomada por sorpresa, y en el segundo, que la Cruz había sido entregada por mandato secreto del Archiduque! Ya el General Rocha hizo notar en *El Combate* de 18 de Agosto de 1889, que no hay contradicción entre el parte lacónico del 15 de Mayo de 67 y el Informe extenso de 8 de Julio de 87, aun cuando el primero, en razón de su debido laconismo, omite ciertos detalles que se encuentran en el segundo. Además, el General Rocha hizo ver lo que técnicamente se entiende por sorpresa en el arte militar, para demostrar que á ella se debió la ocupación de Querétaro.

Como el dicho del General Rocha pudiera parecer parcial á los que, no siendo militares, desconozcan la exactitud de su afirmación, voy á reproducir algunos conceptos del Lugar Teniente del Imperio, que corroboran los del general patriota y republicano.

El General Márquez, refiriéndose á que Arellano relata que estuvo en vela hasta las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, dice: «¡Cosa extraordinaria, que mide completa-

mente la sorpresa causada á los sitiados por la traición de López; á las tres de la mañana comenzaron las operaciones para entregar la plaza á los republicanos, y nada percibieron los que velaban aquella noche en la ciudad!»

«Como fué—dice más adelante—que «nada percibieron los que velaban aquella noche en la ciudad?» Pues qué todos dormían, estando frente al enemigo, y en los momentos de romper el sitio?

«Esta es la razón—dice poco después—porque dije antes, que luego veríamos que no sirve ni para Comandante de artillería, puesto que *el que pierde todos sus cañones sin saber cuándo, cómo, ni por qué, y se está durmiendo en su casa hasta que los enemigos lo van á despertar para hacerlo prisionero, no sirve para nada . . . .* ¿Quién podrá fiarse de Arellano, en lo sucesivo, cuando el Emperador que lo colmó de beneficios, *cayó en poder de sus enemigos* y perdió la vida *por el abandono y criminal pereza* de su Comandante General de Artillería que *se acostó á dormir*, cuando, si hubiera velado, habría podido apercebirse de la traición y haber hecho inmediatamente un fuego vivo con sus cañones que hubiera puesto sobre las armas á la guarnición, rechazado al enemigo y desbaratado el plan infame de la *sorpresa?*» (1)

Hay otro argumento, también de aparato y que, aunque no lo he visto empleado, conviene aducirlo y desbaratarlo. ¿Cómo el Archiduque entregó la plaza sin estipular, siquiera para sí, la garantía de la vida? Porque Maximiliano jamás creyó que se tuviera la *osadía* de quitársela. Creía firmemente que la cabeza de un Archiduque de Austria estaba garantizada por el Derecho Internacional y creía también firmemente que las naciones europeas harían respetar esa prerogativa. Por eso al rendirse pidió, como la cosa más natural, una escolta que lo amparase hasta un puerto de la República; por eso, ya

(1) «Refutación al Libelo del General de Brigada Ramírez Arellano,» págs. 142, 143 y 145.



prisionero, dijo al Fiscal de su causa que «un Archiduque de Austria solamente puede ser puesto á bordo de un buque de su nación;» por eso al llamar á sus defensores, llamó también á los Ministros extranjeros, creyendo que harían respetar en nombre de Europa entera, el privilegio de inmunidad de un Archiduque de Austria. ¡Ilusiones del Archiduque! pero ilusiones que lo llevaron á entregar la plaza sin estipulación alguna á su favor.

## VIII. EL CÓMPLICE DE LA TRAICIÓN.

### LA ELECCIÓN DEL CÓMPLICE.

No podía Maximiliano efectuar personalmente la entrega de la Cruz, y con ella la traición á sus generales. Tenía forzosamente que recurrir á un cómplice que fuera el ejecutor de su felonía. Y ese cómplice no era tan fácil de encontrar entre los valientes oficiales que defendían la ciudad sitiada. Desde luego tenía que ser uno de los jefes con mando sobre la línea fortificada; tenía que ser uno de los hombres capaces de faltar á los mandatos del honor; y tenía que ser uno de los beneficiados indebidamente por el favor imperial, es decir, uno de aquellos á quienes el Archiduque podía reclamar, en nombre de la gratitud, una obediencia incondicional. López llenaba todas esas condiciones, y fué, por lo mismo, el cómplice elegido para ejecutar la traición de Maximiliano.

En efecto, no sólo era López el jefe de un punto de la línea de defensa, sino que ese punto, la Cruz, era á la vez la llave de la posición y la residencia del Cuartel-imperial, es decir, el punto cuya entrega sería más decisiva, y el punto donde no podría ejercerse la vigilancia de los otros generales, puesto que se hallaba bajo la vigilancia